EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA LIBRE ELECCION,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

D. FABIAN ORTIZ DE PINEDO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ, 40,—2.°

1873.

LA LIBRE ELECCIÓN.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
4211.

LA LIBRE ELECCION.

LA LIBRE ELECCION.

LA LIBRE ELECCION.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA.

ORIGINAL DE

DON FABIAN ORTIZ DE PINEDO.

Estrenada en el Teatro Español de Madrid el dia 10 de Mayo de 1873.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUCÍA.....	Doña Cándida Dardalla.
JUANA, criada.....	Doña Amelia Chaman.
ALBERTO.....	Don Antonio Zamora.
DON LUIS, padre de Lucía.....	Don Julio Parreño.

La accion pasa en Lóndres.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado, con dos puertas laterales y una en el fondo. La puerta del fondo da salida á la calle, las de los lados comunican con las habitaciones de la casa. Sobre una mesa recado de escribir. Al levantarse el telon Lucía aparece sola, bordando.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA y JUANA.

LUCIA. Juana, Juana. (Llamando.)

JUANA. (Entrando.) Señorita.

LUCIA. ¿Está Alberto en su cuarto?

JUANA. No señora, hoy ha salido muy de mañana.

LUCIA. Estos dias no para en casa dos minutos. ¿Sabes dónde ha ido?

JUANA. ¿Adónde quiere usted que vaya? Á tomar el fresco y un baño de niebla, como él dice.

LUCIA. ¿Sabes una cosa, Juana?

JUANA. Veamos.

LUCIA. ¿No te parece que mi primo se aburre?

JUANA. Muchísimo.

LUCIA. Conque sí, ¿eh?

JUANA. En lo cual nada de particular veo. Acostumbrado á

724879

aquel hermoso cielo de España, á aquel cielo de Andalucía siempre tan puro, tan azul; figúrese usted el efecto que le debe causar este cielo de Lóndres siempre tan oscuro, tan feo. Luégo, como él no está aquí por su gusto.

LUCIA. Es verdad, un emigrado siempre piensa en la pátria; allí tiene su familia, sus amigos, sus afecciones; todo cuanto habla al corazon: todo está en la patria. Tal vez allí haya dejado alguna persona querida, algun...

JUANA. Sí... algun... amor. Pues mire usted, señorita, yo creo que no; creo que allí no tiene amor ninguno.

LUCIA. ¡Eh! ¿qué dices? ¿Por qué?

JUANA. Porque le tiene aquí.

LUCIA. Aquí, en Lóndres?

JUANA. Sí señora. (Remedando á su ama.) Aquí, en Lóndres.

LUCIA. ¿De veras? (Con vehemencia.) Y á quién ama? Ahora me explico sus salidas. Pero mujer, á quién?

JUANA. Aquí viene.

LUCIA. Déjanos.

ESCENA II.

LUCÍA y ALBERTO.

ALBERTO. Salud...

LUCIA. Y fraternidad.

ALBERTO. Buenas noches.

LUCIA. Buenos dias.

ALBERTO. Buenos dias son estos. (Sentándose frente á Lucía.) ¡Qué pais, señores, qué país! Dicen que es de dia; pero el gas está ardiendo en las calles, las casas están llenas de luces: por ahí se tropieza hasta con las paredes. ¡Y dicen que es de dia! Qué país tan divertido! Casi vale más no verlo, porque al fin, «ojos que no ven, corazon que no siente.» Comprendo el *spleen*; cómo no tenerlo al ver ese cielo gris, esas calles húmedas, esas casas negras que parecen estar de luto? y luégo, ¡qué ingleses!

Decididamente los ingleses son antipáticos en todas partes; lo mismo aquí que en España.

LUCIA. Qué mal humor traes. ¿Adónde has ido?

ALBERTO. No lo sé; porque aquí ni siquiera sabe uno por dónde anda. ¡Ay, España, España!

LUCIA. ¡Tanto deseo tienes de marcharte?

ALBERTO. ¡Figúrate!

LUCIA. ¿Habrás dejado allí?...

ALBERTO. Á mi madre, á mi hermana y muchísimos amigos.

LUCIA. ¿Nada más?

ALBERTO. ¡Ah, sí! He dejado al sol.

LUCIA. ¡Al sol!

ALBERTO. Sí, al sol, que aquí todavía no he llegado á ver. Verdad es que...

LUCIA. Qué?

ALBERTO. Nada. ¿Está ahí mi tio?

LUCIA. Sí. ¿Quieres hablarle? Le llamaré.

ALBERTO. No, déjalo; ahora estará ocupado en sus negocios, y no es cosa de molestarlo. (Se levanta.) Luégo le veré.

LUCIA. ¿Te vas?

ALBERTO. No. (Acercándose á Lucía.) ¿Qué es esto?

LUCIA. Unas zapatillas.

ALBERTO. ¿Para mi tio?

LUCIA. No.

ALBERTO. ¿Para tí?

LUCIA. Tampoco.

ALBERTO. Ah! (Vuelve á sentarse.) ¿Sabes, Lucía, en qué pensaba esta mañana mientras corría por esas calles? Pues bien; decíame, que en medio de mi desgracia era aun bastante afortunado, porque entre los emigrados que hay aquí, soy el único que tiene familia y ve caras amigas, que, como la tuya en este momento, le sonrien. ¡Esos ingleses son tan serios!

LUCIA. ¿Quieres dejar en paz á los ingleses?

ALBERTO. Pues bien, decía que... Ya no recuerdo.

LUCIA. Decías: caras que sonrien.

ALBERTO. Ya estoy. Sí, porque yo puedo en algunos momentos

olvidar que me encuentro lejos de la pátria, en medio de la niebla, rodeado de séres indiferentes que ni tienen mis gustos ni mis pasiones. Yo, á veces, lo olvido todo, y admírate, hasta creo por momentos ver brillar un rayo de sol. Pero es pura ilusion; eso me sucede cuando te veo entrar por esa puerta; tu voz me recuerda la pátria, tus ojos el cielo de mi país, tu sonrisa la sonrisa de mi hermana; en fin, un momento, momento breve, dura la ilusion; me creo trasportado á mi casa, respiro, me muevo; pero de pronto tropiezo con cualquier cosa, con un libro escrito en inglés, con un periódico, y he aquí la ilusion desvanecida.

LUCIA. ¡Pobre Alberto!

ALBERTO. Hace ya diez meses que estoy en Lóndres, y ¿lo creerás, Lucía? casi agradezco á mis enemigos el que me hayan obligado á vivir aquí, pues por esta circunstancia sé cuán buena eres. Y si no fuera por la niebla y...

LUCIA. (Riendo.) Los ingleses, no es cierto?

ALBERTO. Justo.

LUCIA. Aquí viene mi padre.

ESCENA III.

DICHOS y D. LUIS, con un periódico en la mano.

LUIS. Alégrate, muchacho.

ALBERTO. ¿Qué hay pues, tio?

LUIS. ¡Amnistía!

ALBERTO. ¿De veras?

LUIS. Ahora mismo han traido los periódicos extranjeros. He leido en éste la noticia, y pensando cuán grata te sería, me he apresurado á comunicártela. Aquí tienes «*La Época.*» lee. Ahí.

ALBERTO. (Leyendo.) «La Gaceta de hoy publica el decreto con»cediendo amnistía á todos los emigrados y presos en»causados por delitos políticos.» ¡Oh ventura! Al fin voy á volver á España!

LUIS. ¿No le das la enhorabuena? (Á LUCÍA.)

LUCÍA. Sí... sí. Me alegro mucho, Alberto.

ALBERTO. Gracias, Lucía. Gracias á los dos (Dando la mano á Don Luis.) por el cariño que me han demostrado haciéndome ménos dolorosa la emigracion.

LUIS. Pero aún pasarás algunos dias con nosotros.

ALBERTO. No, tio; pienso salir mañana.

LUIS. } Mañana.
LUCÍA. }

ALBERTO. Sí, mañana; quiero abrazar á mi madre y á mi hermana cuanto ántes, y no debo dilatar un momento ese afortunado instante.

LUIS. Tienes razon, Alberto: ahora cada momento que pasa se les hará un siglo. (Á Lucía.) Arréglale cuanto necesite para el viaje. Yo voy á mis negocios, que he abandonado por darte la noticia. Hasta luégo. (Váse.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos D. LUIS.

ALBERTO. Lucía.

LUCÍA. Qué quieres?

ALBERTO. Nos vamos á separar, tal vez para siempre. Si la política no me arroja de nuevo de la patria, es posible que este sea el último dia que pasemos juntos. Al volver á mi país el único sentimiento que me acompaña, es el de separarme de tí y de tu padre Habeis sido tan bondadosos conmigo, me habeis rodeado de tantas atenciones, que no sé en verdad con qué pagaros.

LUCÍA. No hablemos de eso: ¿no hubieras hecho lo mismo si por un capricho de la fortuna mi padre y yo hubiésemos tenido que ir á España?

ALBERTO. Cierto.

LUCÍA. Pues bien: ya ves que no hemos hecho más que lo que debiamos, nuestra conducta no merece ser loada, si otra hubiera sido, merecería la reprobacion del mundo entero: desecha, pues, todo sentimiento y olvida...

ALBERTO. ¿Que olvide dices? ¿Estás loca? Sería el más odioso de los hombres si tal hiciese; no me mancillaré con tan negra ingratitud. No puedo olvidar, no, lo que habeis hecho por mí. El recuerdo de tu cariño fraternal acariciará mi pensamiento como la dulce brisa de una noche de verano acaricia al pasar nuestra frente. Sí, Lucía, no pasará un dia, no pasará una hora sin que mi pensamiento vuele desde la hermosa tierra andaluza á esta casa, donde estarás tú sin acordarte ya del pobre emigrado.

LUCIA. Alberto, ¿quién te obliga á decir lo que no crees? ¿Como puedes pensar que olvidaré yo?.... ¡Qué mal me has juzgado! Tú te acordarás, no digo que no. Dirás: ¡qué buena era! qué cariño tan fraternal me profesaba! Y hé ahí todo, ¿no es verdad?

ALBERTO. Pues bien, Lucía: no, no es eso todo.

LUCIA. ¡Ah!

ALBERTO. Me acordaré de tí como de un ángel, del que no quisiera uno separarse.

LUCIA. ¡Ya! pero te vas. Poco cariño debes profesar á los ángeles cuando así los abandonas.

ALBERTO. ¡Lucía!

LUCIA. ¡Oh! no me extraña. Ya sabía yo que no tenías gran confianza en ellos. Pero entónces, ¿para qué mentarlos? ¿Ó pretendes ahora quemar lo que has adorado, y adorar lo que has quemado, hombre de poca fé?

ALBERTO. Tú tienes la culpa.

LUCIA. Yo?

ALBERTO. Sí: porque serías capaz de hacerme arrodillar ante cualquier ídolo que fuera hecho á tu imágen y semejanza. ¿Ves? así. (Se arrodilla delante de Lucía.)

LUCIA. (Ap.) Al fin. (Alto.) Levanta.

ALBERTO. No quieres oir mis preces?

LUCIA. Para adorar á los ídolos es preciso bendecirlos primero. (Se levantan los dos.)

ALBERTO. Yo te bendigo.

LUCIA. No basta, hace falta la bendicion del cura. (Váse.)

ESCENA V.

ALBERTO, solo.

¡Es encantadora! ¿quién lo duda? Sería una mujer que haría la felicidad del hombre bastante infeliz para pensar en el sacrificio... digo, en el sacramento del matrimonio. Es amable, cariñosa, ha recibido y aprovechado una educacion esmeradísima; es bonita, elegante, en fin, es una mujer acabada, no tiene pero. Pero... yo no me caso. Pues no faltaría más sino que ahora yo, enemigo declarado del santo himeneo... Vamos, vamos, no sé cómo me detengo á pensar en estas cosas, yo que he tenido... digo, que tengo ideas tan anti-matrimoniales. ¿Qué dirían mis amigos? ¿Qué habian de decir? Dirian: «¿sabes? Alberto, aquel que quemaba incienso ante los altares del celibato, aquel solterón irreconciliable, ¡se ha casado!—¡Pobre chico!» diría uno. «¿Qué quieres?» Contestaría otro, «el amor...» El amor ¿he dicho? Si tendré yo?... Sí, pues por si acaso, pongamos pronto remedio. Contra el amor la ausencia. Voy á hacer el equipaje. (Da algunos pasos hácia su cuarto.)

ESCENA VI.

ALBERTO y JUANA.

JUANA. Señorito.

ALBERTO. Qué quieres?

JUANA. Me manda don Luis por si me necesita usted.

ALBERTO. Si te necesito? En este momento precisamente, no. Pero quédate, me ayudarás á preparar el baul.

JUANA. Pero qué? Se va usted?

ALBERTO. Claro. ¿Creias acaso que iba á vivir aquí eternamente?

JUANA. No, pero... vamos, yo me figuré que no se iría usted tan pronto.

ALBERTO. ¿Y por qué suponias eso?

JUANA. ¡Oh! por nada. Una idea.

ALBERTO. Chica, tú tienes malas ideas. Espera, voy á sacar la maleta para que la vayas preparando. (Váse derecha.)

ESCENA VII.

JUANA, sola.

¡Qué hombres estos! todos son iguales. Cuando encuentran una mujer que les quiere bien no hacen caso de ella, y despues se vuelven locos por una que no se lo merece. Luégo ven que se han equivocado, pero entónces ya es tarde. Mi señorita le haría feliz, y huye de ella como del tífus para ir á dar probablemente con otra que sea peor que el cólera-morbo. ¡Qué hombres!

ESCENA VIII.

JUANA, ALBERTO, sale arrastrando un baul y en otra mano lleva varias prendas de vestir.

ALBERTO. Ea, aquí está esto, ya puedes ir arreglándolo.

JUANA. Pero de veras se va usted?

ALBERTO. Y tan de veras. ¿Mas por qué te extrañas tanto?

JUANA. Pensaba que... yo tambien iría de buena gana á España. Hace ya dos años que estoy aquí, y si no fuese por la señorita...

ALBERTO. Quieres venir conmigo?

JUANA. Si se llevase usted á la señorita.

ALBERTO. Estás loca! ¿Cómo quieres que me lleve á mi prima?

JUANA. Es verdad, no puede usted llevársela.

ALBERTO. ¿Pues entónces?

JUANA. A hacer el baul. (Empieza á meter la ropa en el baul.)

ALBERTO. Sí, acabemos. Mira, pon la ropa blanca debajo. Voy á sacar la que tengo ahí. (Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

JUANA y LUCÍA.

LUCIA. ¿Se ha ido?

JUANA. Está en su cuarto.

LUCIA. ¿Qué te ha dicho?

JUANA. Ya ve usted, que haga en seguida su baul.

LUCIA. Qué prisa tiene.

JUANA. Así parece.

LUCIA. ¿Está decidido á partir?

JUANA. ¡Oh! en seguida, parece que huye.

LUCIA. Pues, qué teme?

JUANA. ¡Qué sé yo! Estos hombres no se sabe nunca á qué idea obedecen. Sin embargo. Creo que si usted le obligase...

LUCIA. Estás loca? obligarle yo?

JUANA. ¡Oh! Indirectamente.

LUCIA. No, no Sin embargo. Qué idea! Juana, deja eso; vas á llevar esta carta en seguida. (Escribe la carta, la cierra y se la da á Juana.) Sabes dónde están las oficinas de *El Times*?

JUANA. Sí.

LUCIA. Bien. Lleva esta carta allí, y di que inserten ese suelto en el número que ha de salir esta tarde. Si ponen alguna dificultad, di que se pagará lo que quieran. Toma dinero y ve corriendo. ¿Me has entendido?

JUANA. Sí, voy volando. (Vase por el foro.)

ESCENA X.

LUCÍA, sola.

Buena está la que se fia en las palabras de un hombre. Y ademas, como Juana dice, nunca se sabe á qué idea obedecen. Hace un instante estaba ahí arrodillado, vencido, dispuesto á sacrificar por mí su vida si se lo mando; pero me voy; y él, que ponderaba tanto el dolor que le causaba la separacion, lo primero que hace es

preparar el viaje. En fin, puesto que así lo quiere, démosle gusto. (Se pone á arreglar el baul.)

ESCENA XI.

LUCÍA y ALBERTO, con varios objetos para el baul.

ALBERTO. Cómo, ¿te ocupas en eso?

LUCIA. Claro, si has de marchar mañana, preciso es que hoy quede arreglado, y como Juana ha tenido que salir á un recado, me he puesto yo á hacerlo.

ALBERTO. (Ap.) Con qué afan trabaja, parece que está deseando que me vaya.

LUCIA. ¿Piensas detenerte en París?

ALBERTO. No sé: si es caso pasaré sólo un dia para comprar algunas chucherías que regalaré á mi hermana.

LUCIA. Á propósito, yo tambien tengo que darte algunas frioleras para tu madre y tu hermanita.

ALBERTO. Bueno.

LUCIA. ¿Qué dices?

ALBERTO. Que te lo agradecerán. (Con indiferencia.)

LUCIA. Parece que estás distraido.

ALBERTO. ¿Distraido? quiá! Estoy viendo que colocas eso debajo y debe ir encima.

LUCIA. Como quieras.

ALBERTO. Esa levita tampoco está bien ahí. (Ap.) Á ver si se enfada y lo deja.

LUCIA. ¿Dónde quieres que vaya?

ALBERTO. Me la pondré.

LUCIA. ¿Para el viaje? la vas á estropear.

ALBERTO. No importa.

LUCIA. Bueno, la dejaré fuera.

ALBERTO. Saca tambien ese pantalon.

LUCIA. ¿Tambien te lo vas á poner?

ALBERTO. (Ap.) (Qué paciencia tiene.) (Alto.) Tambien.

LUCIA. Pero qué, ¿vas á llevar dos puestos?

ALBERTO. Sí.

LUCIA. Por lo visto no quieres que se diga de tí que no llevas puestos los pantalones.

ALBERTO. (Ap.) (¡Parece que se burla!)

LUCIA. Si estuvieses casado se explicaría tan natural deseo, pero ahora no tienes mujer que te pueda robar ese atributo varonil.

ALBERTO. (Ap.) ¿Te chanceas, eh? pues espera un poco. (Alto.) ¿Quién sabe?

LUCIA. ¿Qué has dicho?

ALBERTO. He dicho, ¿quién sabe?

LUCIA. (Acercándose á Alberto y con cariñosa sorna.) ¿Qué tienes, Alberto? estás enfermo? Tienes fiebre? Parece que divagas.

ALBERTO. Sí, estoy divagando. Mira, deja ese baul.

LUCIA. ¿No quieres que lo prepare?

ALBERTO. No.

LUCIA. Te quedas?

ALBERTO. No tal, pero hay tiempo de sobra: Juana lo arreglará. Parece que tienes deseo de que me vaya.

LUCIA. ¡Yo! al contrario.

ALBERTO ¿De veras?

LUCIA. Te lo juro.

ALBERTO. Si no fuese este país tan... nebuloso.

LUCIA. Vamos; ya veo lo que es; no te puedes aclimatar. ¿No es eso?

ALBERTO. Gracias.

LUCIA. No hay de qué.

ALBERTO. ¿Me consideras como una planta exótica?

LUCIA. Qué idea!

ALBERTO. Ó quieres mandarme al Jardin zoológico? Allí se aclimatan perfectamente las fieras.

LUCIA. Es que las cuidan mucho. Figúrate que al cabo de algun tiempo pierden su primitiva fiereza. En fin, he visto yo un leon que seguia á su domador lo mismo que un perro.

AL[illegible]BERTO. Pero un dia lo despedazó.

LUC[illegible]A. ¡Pobre hombre! despues de haber trabajado tanto para domesticarle.

ALBERT[illegible]O. Sí, á palos.

LUCIA. Lo cual prueba que por la fuerza nada que sea duradero se consigue. Es preferible la persuasion.

ALBERTO. Es verdad. Pero vé á persuadir á una fiera.

LUCIA. Difícil es.

ALBERTO. Oh! tiempo perdido.

LUCIA. Con las fieras.

ALBERTO. Naturalmente; porque á los hombres se les persuade ó se les engaña.

LUCIA. ¿Y da el mismo resultado?

ALBERTO. Con distintos fines. Si se les engaña hacen lo que el leon.

LUCIA. Es decir, que se vuélven fieras.

ALBERTO. Justo.

LUCIA. Entónces vale más persuadir. ¿Y no hay otro medio?

ALBERTO. Se les puede obligar.

LUCIA. Ahí asoma ya la fuerza.

ALBERTO. Pero sin palo. De modo que si es para su provecho, se perdonan los medios en gracia del resultado.

LUCIA. Me alegro de que pienses así.

ALBERTO. ¿Por qué?

LUCIA. Porque yo pienso lo mismo.

ALBERTO. Eh? (Ap.) (Qué querrá decir?)

LUCIA. ¿No te agrada que seamos de la misma opinion?

ALBERTO. Sí, sí.

LUCIA. Oye, Alberto, mi opinion es que no debías marcharte tan pronto.

ALBERTO. (Ap.) (¡Sirena!)

LUCIA. Y tú tambien piensas lo mismo. ¿No has dicho que se deje eso?

ALBERTO. No tal, (Señalando el baul.) al contrario. Vamos á acabar de arreglarlo. (Ap.) (Si no soy hombre perdido.)

LUCIA. Vamos. ¿Está aquí todo?

ALBERTO. Todo. Aquí viene Juana, déjaselo arreglar, yo mientras tanto voy á comprar algunas cosas que necesito para el viaje. Hasta luégo.

LUCIA. ¡Adios!

ESCENA XII.

LUCÍA y JUANA.

LUCIA. Lo han admitido?

JUANA. ¡Ay, señorita, no ha sido sin trabajo! Pusieron mil dificultades; que era tarde, que lo insertarían mañana, que ya el número estaba completo, que habría que retirar original... Y como el que me lo decia lo era bastante, contesté: pues bien, retírese usted. El hombre se echó á reir. Abrió por fin la carta y despues de leerla me preguntó si la persona que me mandaba corría algun peligro. Pensando que esto le podria decidir, contesté que sí. Acerté por lo visto, pues me dijo que hoy mismo saldría, y como lo que ménos me importa es que ese original entre ó salga, le dí las gracias por el favor, y héme aquí.

LUCIA. Está bien.

JUANA. Y don Alberto, ¿sigue en sus trece?

LUCIA. Más que nunca.

JUANA. De modo que ya...

LUCIA. El mal no tiene cura.

JUANA. Eso es lo peor.

LUCIA. ¿Por qué?

JUANA. Porque no hay como el cura para arreglar estos asuntos.

ESCENA XIII.

DICHOS, y D. LUIS.

LUIS. ¡Hola! hola! Por lo visto nuestro huesped está ya preparándose. Muy bien, es buen hijo, quiere abrazar á su madre cuanto ántes. Pero me parece que aun lo hemos de ver por acá.

LUCIA. Cómo?

LUIS. Es tan exaltado! Apenas llegue á España volverá á las andadas, conspirará. Resultado: vuelta á la emigra-

cion, si no le sucede peor. Es un buen chico, pero tan ligero de cascos!

JUANA. (Ap.) No tanto como parece.

LUIS. Arrebatado, no piensa las cosas.

LUCIA. (Ap.) Yo creo que las piensa demasiado.

LUIS. Atropella con todo! Donde hay peligro está él. ¡Qué corazon tiene!

LUCIA. (Ap.) De piedra debe ser.

LUIS. Estos jóvenes de hoy dia, son todos así.

JUANA. (Ap.) Pues aviadas estamos.

LUIS. Intransigentes. Casi fanáticos.

LUCIA. Por quién?

LUIS. Por la libertad.

JUANA. Conforme.

LUIS. No hay yugo que no les sea odioso, ni cadenas que no estén dispuestos á romper.

LUCIA. Tiene usted razon.

LUIS. Tienen aspiraciones elevadas.

JUANA. (Ap.) Si querrá casarse con alguna duquesa?

LUIS. Y arranques varoniles que les arrastran á veces hasta el borde del precipicio.

JUANA. (Ap.) Pero allí se detienen, toman el tren, y se alejan.

LUIS. En fin. ¿Se va mañana?

LUCIA. Así parece.

LUIS. Lo sientes? claro: te habías acostumbrado ya á su compañía. En fin, ¿qué remedio? ¿Ha salido?

LUCIA. Sí.

JUANA. Ya tiene el baul arreglado.

LUIS. No lo cierres, porque habrá que meter un encargo que tiene que llevar. Voy á ver si lo han traido. (Váse.)

ESCENA XIV.

LUCIA y JUANA.

LUCIA. Cierra el baul.

JUANA. ¿Y el encargo?

LUCIA. Ciérrale te digo. En el saco de noche se podrá meter lo que quede.

JUANA. Bueno.

LUCIA. Dobla tambien la manta de viaje.

JUANA. Eso es, que no tenga más que echar á andar.

LUCIA. Justo.

JUANA. (Ap.) Vamos, parece que está resuelta, más vale así.

LUCIA. ¿Qué dices?

JUANA. Digo, que á lo hecho pecho.

LUCIA. ¿Y á lo que está por hacer?

JUANA. Si hay tiempo, retroceder.

LUCIA. Hé ahí un refran que mi primo sigue al pié de la letra.

JUANA. En este caso no hay hombre que no haga lo que él.

LUCIA. ¿De veras?

JUANA. Lo sé por experiencia.

LUCIA. Qué conocimientos tan profundos tienes sobre el particular.

JUANA. Señorita! no vaya usted á creer...

LUCIA. Qué quieres que crea?

JUANA. Es que yo los veo más de cerca, no es otra cosa.

LUCIA. ¡Ya!

JUANA. ¡Qué hombres! Afortunadamente la especie abunda, y donde uno tropieza otro cae.

LUCIA. Tienes razon; no hay para qué apurarse. ¿Qué hora es?

JUANA. Las cinco.

LUCIA. (Ap.) Ya es hora, ¡valor! (Váse.)

ESCENA XV.

JUANA, sola.

¡Qué conformidad tan extraña! No hay para qué apurarse, dice. Claro que no, y ménos teniendo una fortuna como la que ella tiene y un palmito como el suyo: pero en estos casos no se piensa en todo eso, solo se ve el pájaro que vuela... Aquí está. No parece muy satisfecho.

ESCENA XVI.

JUANA y ALBERTO, entra con «El Times» en la mano y lo deja sobre la mesa.

ALBERTO. Parece que no has perdido el tiempo. Está ya todo en el baul?

JUANA. Todo. Sin embargo, don Luis ha dicho que debe darle á usted un encarguito, pero se podrá meter en el saco de noche.

ALBERTO. Bueno. ¿Y mi prima?

JUANA. Está en su cuarto.

ALBERTO. Oye, Juana.

JUANA. Señorito.

ALBERTO. Mi marcha, algo imprevista, (pues esta mañana yo mismo no pensaba en ella) la ha sorprendido, ¿no es verdad?

JUANA. En los primeros momentos sí, pero despues...

ALBERTO. ¿Despues?

JUANA. Se ha conformado.

ALBERTO. Sí!

JUANA. Sí señor.

ALBERTO. (Ap.) Y parecía que lo sentía tanto. Fíese usted en las apariencias. (Alto.) Más vale así.

JUANA. Eso mismo he dicho yo. Cuando una cosa no se puede remediar, no hay más que tener paciencia y conformidad.

ALBERTO. ¿Tú crees que no se puede remediar?

JUANA. Digo, me parece. ¿No se va usted?

ALBERTO. Mañana mismo, por la mañana, en el primer tren.

JUANA. Pues ya ve usted.

ALBERTO. ¿Conque ya se ha acostumbrado á la idea de la separacion? Me alegro.

JUANA. Yo tambien.

ALBERTO. (Enfadado.) ¡Cómo! tú tambien?

JUANA. ¿No se alegra usted? Pues qué halla de extraño en que á mi me suceda lo mismo?

ALBERTO. Tienes razon. Dispensa, estoy...

JUANA. Sí, lo comprendo. La emocion del viaje. Se encuentra uno excitado, fuera de sí. Nada más natural.

ALBERTO. ¿Á qué hora comemos?

JUANA. Dentro de un rato. Aquí está la señorita. (Váse.)

ESCENA XVII.

ALBERTO, LUCÍA, con traje distinto y muy elegante.

LUCIA. ¿Has hecho ya tus compras?

ALBERTO. Sí. Pero qué, ¿vas esta noche de baile!

LUCIA. No, pero pienso recibir algunas visitas, y me he puesto este vestido que está algo más decente. Y tú, ¿piensas salir mañana?...

ALBERTO. Sí.

LUCIA. ¡Irrevocablemente!

ALBERTO. Irrevocablemente, como dicen los carteles de las compañías ambulantes.

LUCIA. Cuánto siento que te vayas!

ALBERTO. ¿De veras? (Ap.) ¡Qué falsas son las mujeres!

LUCIA. Como lo digo.

ALBERTO. ¿Con la mano sobre el corazon? (Al indicar el movimiento tira el periódico.)

LUCIA. Sí. Qué es eso que ha caido al suelo?

ALBERTO. (Recogiendo el periódico.) *El Times.*

LUCÍA. De hoy?

ALBERTO. De ahora mismo; yo le he recibido en la escalera de manos del repartidor.

LUCIA. Á ver qué noticias trae. Lee.

ALBERTO. ¿Te interesa la política?

LUCIA. No, pero hay noticias que no son políticas.

ALBERTO. Entónces éstas las pasaremos por alto. Empiezo. (Lee.) «Ayer, en el Támesis, dos embarcaciones se encontra»ron con tal violencia y tan mala fortuna que las dos »sufrieron graves averías. Resultaron del choque dos »marineros heridos y uno muerto.»

LUCIA. ¡Pobre hombre!

ALBERTO. «Mañana de tres á cuatro de la tarde se paseará en Co»ventgarden una jóven que desea hallar marido. Lle»vará vestido azul, chal alfombrado, y una cestita al »brazo, en la que los pretendientes podrán echar sus »solicitudes, y al dia siguiente, aquel que sea elegido »recibirá una carta por el correo con las señas de la »casa donde habita etc., etc.» ¿Qué te parece?

LUCIA. Muy bien.

ALBERTO. ¡Cómo, muy bien! pero esto es un absurdo. ¡Qué excentricidad!

LUCIA. Te choca porque no conoces las costumbres inglesas. Sigue leyendo.

ALBERTO. Pues aquí viene otra. (Leyendo.) «Una jóven de veinte »años desea casarse. Tiene una gran fortuna. En cuanto »á sus demas cualidades, podrán juzgarlas los preten»dientes que se presenten hoy despues de las cinco y »media de la tarde en Burlington Street, veintisiete.» ¡Burlington ventisiete! estas señas están equivocadas.

LUCIA. ¿Por qué?

ALBERTO. Porque esas señas son las de esta casa.

LUCIA. No hay tal equivocacion.

ALBERTO. Y esta jóven ¿quién es?

LUCIA. Yo.

ALBERTO. ¡Tú! Has perdido el juicio?

LUCIA. ¿Por qué? Porque deseo casarme? Pues hijo, vé preguntando por el mundo á las que tienen mi edad, á ver lo que desean, y verás lo que te contestan.

ALBERTO. Pero así, de este modo, ofreciéndose al primero...

LUCIA. Poco á poco, Alberto: estás muy equivocado. En primer lugar no nos ofrecemos al primero, sino que elegimos entre todos; y en segundo lugar podemos no elegir ninguno, si entre ellos no hay uno que nos convenga. Esta es la libre eleccion. Ya ves qué distinto es esto de lo que tú imaginas.

ALBERTO. ¿De modo que dentro de un rato estarán aquí los pretendientes?

LUCIA. Es posible.

ALBERTO. Ya lo creo; dices que tienes una gran fortuna. Pues no sé yo si abrirán el ojo más de cuatro. ¿Pero has pensado en lo que hacías?

LUCIA. Muy detenidamente. (Se oye una campanilla.)

ALBERTO. Ya están ahí.

ESCENA XVIII.

DICHOS y JUANA.

LUCIA. Juana, vé á ver quién es, y ántes de abrir ven á decírmelo. (Sale Juana.)

ALBERTO. ¿Y vas á recibirlos?

LUCIA. Claro; ya ves que el anuncio está terminante.

ALBERTO. Pero eso es llevar la excentricidad hasta lo inverosímil.

LUCIA. No lo creas. Supones acaso más natural un casamiento de esos que llaman de conveniencia, en que los futuros cónyuges no se conocen, ó se conocen apenas?

ALBERTO. Yo me voy á volver loco.

JUANA. (Entra.) Señorita, es un caballero; dice que viene á verla á usted, que es un pretendiente á su mano.

LUCIA. Dile que pase.

ALBERTO. Espera, Juana. (Á Lucía.) ¿De modo que si te agrada te casas con él?

LUCIA. Sí, claro. Pero puede ser que no me agrade. (Se oye otro campanillazo.)

JUANA. Que se impacienta. ¿Le digo que entre?

ALBERTO. (Ap.) Esto sí que es ponerle á uno el cuchillo en la garganta. (Á Lucía.) ¿Y si me presentára yo tambien como uno de tantos?

LUCIA. Serías preferido, pero tú no quieres casarte. (Se oye otra vez la campanilla.) Juana, dile que entre.

ALBERTO. Juana, dile que ha llegado tarde. (Adelantándose á una de las puertas laterales, por donde entra D. Luis.) ¡Eh! ¿quién entra? Alto. No se pasa.

ESCENA ÚLTIMA.

ALBERTO, LUCÍA y D. LUIS.

LUIS. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

ALBERTO. Ah! es mi tio!

LUIS. ¿Pero qué pasa?

ALBERTO. Nada, tio. Pido á usted la mano de Lucía.

LUIS. ¿Y dices que eso no es nada? ¡Pues es una friolera! Pero ¿cómo tan de repente?

LUCIA. Ya le contaremos á usted lo que ha pasado.

LUIS. (Á Lucía.) ¿Tú le quieres?

LUCIA. Desde que le conozco, y cada dia más.

ALBERTO. Gracias, Lucía. Necesitaba oir esas palabras para que se me pasase el susto.

LUIS. Entónces todos estamos conformes. Y ¿para cuándo la boda?

ALBERTO. En seguida, porque iremos á pasar la luna de miel á España; pues héme ya casado por un nuevo sistema.

LUCIA. El de la eleccion libre, ¿no te parece bueno?

ALBERTO. Tan bueno, que quisiera verlo planteado en mi país.

LUCIA. En ese caso así que lleguemos á España, pediremos para la mujer el derecho de libre eleccion.

LUIS. Pues figúrate que hemos llegado ya y reclámalo en seguida.

LUCIA. ¿Lo pido?

ALBERTO. El pedir no cuesta nada.

LUCIA. Pues allá voy. (Al público.)

Sólo piensa la nacion
en dar derechos al hombre,
y hoy la mujer con razon
pide, por más que os asombre,
el de LA LIBRE ELECCION.

FIN.

...mento á la adicion al Catálogo de EL TEATRO de 1.° de Octubre de 1872.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
...fierno en coche.....	1	José Jackson Veyan.....	Todo.
..., pilili!.....	1	Tomás Perez.....	»
...as del tio!.....	1	Eduardo Navarro y Gonzalvo.....	»
... del mundo.....	1	Eduardo Navarro.....	»
...ese usted.....	1	José Jackson Veyan.....	»
...e Mayo (loa).....	1	Blanca de Gassó y Ortiz.....	»
...égia conyugal.....	1	Enrique G. Bedmar.....	»
...re eleccion.....	1	Fabian Ortiz de Pinedo.....	»
...via ó la vida.....	1	Cárlos Calvacho.....	»
...ta de la salud.....	1	Alejandro Vidal.....	»
...i de la relichó.....	1	N. N.....	»
...gleses.....	1	Alejandro Vidal.....	»
... por lo francés.....	1	José Fernandez Camacho.....	»
...Flora.....	1	Juan Bergaño.....	»
...iar á picos pardos.....	1	Antonio de San Martin.....	»
...' tímido.....	1	Eduardo Navarro.....	»
...paet y prou.....	1	N. N.....	»
...oma conyugal.....	1	Pelayo del Castillo.....	»
...la en Villamayor.....	1	Alejandro Vidal.....	»
... de Paris.....	3	Perillan y Marquina.....	»
... jugada.....	3	José Marco.....	»
... del mar (Mágia).....	3	Enrique Zumel.....	»
...sica).....		Manuel Sabater.....	»
...pendencia española.....	3	Enrique Zumel.....	»
...manos.....	3	N. N.....	»
...).....	3	Eusebio Blasco.....	»
...r abnegacion.....	3	Pascual de la Calle.....	Todo.

ZARZUELAS.

... Apeles.....	1	Perillan y Vilamala.....	L. y M.
...oja y Barba Azul.....	1	Miguel Pastorfido.....	Libro.
...n Chubascos.....	1	San Martin y Nieto.....	L. y M.
...n seco.....	1	Jackson y Veyan y Santes.....	L. y M.
...ro de Rossini.....	1	Amalfi y Acebes.....	L. y M.
...peyo en Carnaval.....	1	Amalfi y Arche.....	L. y M.
...al Español.....	1	Amalfi.....	Libro.
...a d'Estiu.....	1	Amalfi y Nieto.....	L. y M
...yas vivientes.....	1	Gutierrez de Alba y Balart.....	L. y M.
...asos.....	1	José Arche.....	Música.
...on refundida.....	3	Federico Bardan.....	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.